MÚSICA / ENSAYO DISCOGRÁFICO

Beethoven después de las grandes referencias

Cinco integrales en busca de un nuevo paradigma discográfico



Las cinco integrales examinadas: Vänskä, Barenboim, Harnoncourt, Rattle y Wand.

Introducción

Cuando era un niño en vías de convertirme en adolescente, allá por los años setenta, escuchar a Beethoven era, en buena medida, escuchar a Herbert von Karajan y su célebre integral de 1962 con la Orquesta Filarmónica de Berlín. Aquellas ediciones nacionales de los vinilos y casetes de Deutsche Grammophon (sin Dolby todavía) parecían constituir una representación casi oficial de las nueve sinfonías. Antes había imperado Toscanini con su ciclo monofónico de la NBC. Pero había más. La llegada del estéreo a fines de la década del cincuenta había provocado una verdadera explosión beethoveniana. Las grandes compañías, las orquestas más prestigiosas y algunos de los directores fundamentales del siglo XX coincidieron en un momento de particular fertilidad. El resultado fue una discografía que todavía conserva buena parte de su autoridad. También circulaban las grabaciones de Leonard Bernstein con la Orquesta Filarmónica de Nueva York, George Szell con Cleveland, Ormandy con Filadelfia, Bruno Walter con la Sinfónica Columbia para CBS y Leibowitz en Reader's Digest (que sonaban muy bien). Los melómanos más afortunados disponían de las integrales de Otto Klemperer o Karl Böhm. No eran solamente nombres prestigiosos: eran discos que se escuchaban, se comentaban y se comparaban. Habían contribuido a establecer un canon discográfico que parecía destinado a perdurar indefinidamente. Eran años de descubrimientos, en los que se armaban ciclos beethovenianos con lo que había. En mi caso, el soporte privilegiado era el cassette: la Primera y la Segunda con Karajan (1962); la Eroica con Toscanini (¡en discos de 78 rpm que sonaban con una presencia perturbadora!); la Cuarta con Bruno Walter y la Sinfónica Columbia; la Quinta con Bernstein en Nueva York y Karajan en Berlín (uno de mis Beethoven favoritos de toda la vida); la Sexta con Bruno Walter y la Sinfónica Columbia (¿hay otra?); la Séptima con Casals en Marlboro (tremenda); la Octava con Szell en Cleveland, y la Novena con Ormandy en Filadelfia. La primera vez que caí en la cuenta de que una lectura podía diferir radicalmente de otra fue en casa de un vecino, donde oímos la Novena en las versiones de Ormandy y Karajan. Eran tan distintas que parecían obras diferentes. Fue entonces cuando conocí a

Gundula Janowitz. Después vendrían los deslumbramientos de Furtwängler, de los Kleiber, de Schuricht, de Cluytens, de Reiner, de Giulini… Nombres maravillosos, maestros de la belleza de las cosas.

Pero ha transcurrido más de medio siglo y las condiciones de escucha han cambiado. La investigación musicológica, la recuperación de las prácticas históricas, las nuevas técnicas instrumentales y las transformaciones de los soportes de grabación han modificado nuestra relación con estas partituras. También ha cambiado la manera de concebir una integral: ya no basta con reunir nueve interpretaciones competentes bajo el nombre de un director célebre. No basta con que las nueve sinfonías estén bien tocadas: una nueva integral debe tener algo que decir. Es en este contexto que en las últimas décadas han aparecido ciclos que la crítica especializada ha propuesto como nuevas referencias. Algunos reivindican la tradición sinfónica germánica; otros incorporan las enseñanzas del historicismo, reducen las dimensiones orquestales o buscan una transparencia que las grabaciones tradicionales no siempre privilegiaron. A ello se suma una industria capaz de registrar detalles que hace medio siglo resultaban difíciles de captar. Sin embargo, permanece intacta una pregunta: ¿qué pueden decir todavía unas sinfonías que conocemos casi de memoria?

Sin pretensiones enciclopédicas, me propuse revisar cinco integrales. La única condición era que algún medio crítico prestigioso las hubiera elevado a la categoría de nuevas referencias. Y acá están, por supuesto, también en mi discoteca. Así que las saqué de las estanterías y me di a la tarea de ver qué proponían. Son los novenarios de Nikolaus Harnoncourt con la Orquesta de Cámara de Europa para Teldec (1990–1991); Daniel Barenboim con la Orquesta Estatal de Berlín, también para Teldec (1999); Günter Wand con la Orquesta Sinfónica de la Radio del Norte de Alemania para RCA (1985–1988); Osmo Vänskä con la Orquesta de Minnesota para BIS (2004–2008), y Simon Rattle con la Orquesta Filarmónica de Berlín para Berliner Philharmoniker Recordings (2015).

El procedimiento fue sencillo, aunque exigente: escuchar las cinco versiones de una misma sinfonía antes de pasar a la siguiente, hasta completar cuarenta y cinco interpretaciones. Consideré los resultados musicales, la calidad de las grabaciones y las características de sus ediciones. No pretendí establecer cuál es el mejor director beethoveniano ni encontrar una versión definitiva de cada obra. Quise determinar cuáles de estas integrales merecen incorporarse a la tradición de las grandes referencias discográficas. La distinción importa: una interpretación excepcional no convierte necesariamente a un ciclo completo en una referencia, del mismo modo que una integral de admirable regularidad puede carecer de esos momentos que justifican por sí solos la existencia de un disco.

Cinco maneras de entender Beethoven

Nikolaus Harnoncourt: el Beethoven revolucionario

Orquesta de Cámara de Europa — Teldec, 1990–1991

> *«La sensación de que la música está ocurriendo por primera vez».*

La integral de Harnoncourt conserva una cualidad que el paso del tiempo no ha debilitado: la sensación de que la música está ocurriendo por primera vez. Su Beethoven no parece interesado en confirmar nuestras expectativas, sino en discutirlas. Los ataques poseen una energía incisiva, las articulaciones adquieren una importancia expresiva decisiva y las familias instrumentales participan en una conversación llena de interrupciones, respuestas y conflictos. Las maderas discuten con las cuerdas, los metales intervienen con una independencia casi provocadora y el contrapunto deja de ser una construcción que admiramos desde lejos para convertirse en un acontecimiento dramático.

Harnoncourt parte de las enseñanzas del historicismo, pero no convierte sus principios en un reglamento. Trabaja con una orquesta moderna de dimensiones relativamente contenidas y obtiene de ella una variedad de colores y una fuerza que desmienten cualquier asociación entre fidelidad histórica y austeridad expresiva. La música avanza impulsada por tensiones internas, no por una velocidad impuesta desde fuera. En sus

mejores momentos, Beethoven recupera aquella condición perturbadora que debió de tener para sus primeros oyentes.

La Segunda, la Heroica, la Cuarta y la Quinta se cuentan entre los mayores logros del ciclo. Harnoncourt construye los contrastes con una inteligencia teatral poco común y transforma los detalles de articulación en acontecimientos expresivos. La Octava es otra demostración de su personalidad, con una combinación irresistible de rigor, humor y desenfreno. La Pastoral y la Séptima resultan menos convincentes: contienen episodios espléndidos, pero también cierta rigidez que limita la continuidad del discurso. La Novena posee una articulación instrumental cuidadosamente trabajada y un final de verdadera energía revolucionaria, aunque no alcanza siempre la dimensión trascendente de las grandes referencias.

En sus mejores momentos no escuchamos una lección de historicismo, sino a un Beethoven violento, contradictorio y lleno de humor. Es una integral que todavía consigue levantarnos del asiento.

Daniel Barenboim: la tradición como experiencia viva

Orquesta Estatal de Berlín — Teldec, 1999

Barenboim adopta una perspectiva casi opuesta. Su integral reivindica abiertamente la tradición sinfónica germánica, con una sonoridad oscura, densa y poderosa que recuerda por momentos a Furtwängler. Pero sería un error entender esta propuesta como un ejercicio de recuperación estilística. Barenboim conoce esa tradición desde dentro, la admira y la utiliza, pero no se limita a reproducir sus convenciones. Consigue algo más difícil: hacerla sonar viva.

La Orquesta Estatal de Berlín posee una personalidad tímbrica inconfundible. Las cuerdas tienen cuerpo, los metales pueden alcanzar una potencia considerable y los timbales adquieren una presencia decisiva. Sin embargo, la densidad sonora rara vez sacrifica la transparencia contrapuntística. Las líneas secundarias cantan, los detalles aparecen con naturalidad y los grandes episodios orquestales conservan una articulación precisa. Barenboim puede construir masas sonoras monumentales sin convertirlas en bloques indiferenciados. La grabación de Teldec permite apreciar esa combinación de amplitud dinámica, profundidad y riqueza instrumental, particularmente atractiva en su edición en DVD-Audio.

El ciclo apenas conoce tropiezos. La Primera combina vigor, humor y una atención minuciosa a los contratiempos; la Segunda y la Heroica poseen un aliento dramático sostenido; la Cuarta revela un Beethoven lleno de fuego y desenfado, mientras la Quinta alcanza una intensidad que recuerda a las grandes lecturas de la tradición germánica. La Octava es una fiesta de virtuosismo y humor, con un movimiento final de energía casi desatada. La Séptima, magnífica en sus primeros movimientos, no alcanza en el último toda la tensión acumulativa que la partitura reclama. Es una reserva importante, pero aislada dentro de un conjunto de notable consistencia.

La Pastoral constituye uno de los momentos culminantes de toda la comparación. La escena junto al arroyo posee una ternura difícil de describir, sin necesidad de recurrir a una lentitud contemplativa. La tormenta adquiere una violencia casi expresionista y el canto final de agradecimiento alcanza una intensidad profundamente conmovedora. La Novena representa la culminación de esta manera de entender Beethoven. Desde el misterio primordial de su comienzo hasta el éxtasis colectivo del final, Barenboim construye una experiencia de enorme intensidad, aunque no todos sus episodios alcancen la misma inspiración.

Hay, además, una ambición que distingue este proyecto de los restantes. Barenboim declaró expresamente su intención de dejar un legado y situar a la Orquesta Estatal de Berlín en el primer plano musical internacional. La envergadura del proyecto y su publicación en DVD-Audio son coherentes con esa voluntad de permanencia. Barenboim sabía que estaba realizando algo importante y quiso que su realización discográfica estuviera a la altura de esa ambición.

Osmo Vänskä: la precisión y sus límites

Orquesta de Minnesota — BIS, 2004–2008

> *«El coro estalla glorioso: es pequeño, pero parece que cantara todo el mundo».*

La integral de Osmo Vänskä representa otra manera de enfrentarse a Beethoven. Su principal atractivo reside en la combinación de una precisión instrumental poco común con procedimientos asociados al historicismo, sin renunciar a la belleza sonora ni a las posibilidades de una orquesta moderna. Hay transparencia, nitidez contrapuntística y una atención casi microscópica a los detalles, virtudes magníficamente servidas por una de las mejores tomas sonoras de esta comparación. La edición en SACD permite seguir las líneas instrumentales con una facilidad que en ocasiones modifica nuestra percepción de pasajes conocidos.

Pero la precisión no siempre alcanza a convertirse en verdadera expresión. La Heroica y la Quinta, impecablemente ejecutadas, carecen de parte de la tensión dramática que estas obras reclaman. Todo parece estar en su sitio, pero la música no siempre consigue despegar. Las frases están perfectamente construidas, los planos sonoros se distinguen con nitidez y, sin embargo, falta a veces ese impulso interior que transforma una sucesión de acontecimientos musicales en una experiencia inevitable. La Primera y la Cuarta son interpretaciones de gran belleza, aunque algo contenidas; la Séptima permite seguir cada línea instrumental sin alcanzar plenamente el vértigo de sus grandes referencias.

La Segunda combina energía y gracia; la Pastoral posee una espontaneidad encantadora, una tormenta espléndida y un canto final profundamente sentido; la Octava ofrece humor y desenfreno sin perder el pulso. Aquí el cuidado de los detalles está al servicio de la música.

La Novena constituye la gran sorpresa del ciclo. Los dos primeros movimientos poseen una construcción sólida y una transparencia que permite apreciar las relaciones entre las voces. El Adagio conserva una belleza singular, aunque su expresión resulta algo menos afectuosa. Pero el final alcanza una dimensión inesperada. Las intervenciones vocales poseen una elocuencia notable y la irrupción del coro en el Himno a la alegría constituye uno de los momentos culminantes de toda la comparación. El coro es relativamente pequeño, pero canta con una convicción que parece desbordar sus propias dimensiones. El coro estalla glorioso: es pequeño, pero parece que cantara todo el mundo.

La Novena confirma que Vänskä puede conmover sin recurrir a la monumentalidad. El ciclo tiene altibajos, pero sus mejores sinfonías y la magnífica grabación de BIS justifican plenamente su lugar entre las integrales que vale la pena conocer.

Simon Rattle: cuando la excelencia no basta

Orquesta Filarmónica de Berlín — Berliner Philharmoniker Recordings, 2015

La integral de Simon Rattle plantea una paradoja interesante. Pocas orquestas disponen de semejante capacidad técnica, una tradición beethoveniana tan importante y una variedad tímbrica comparable. La edición de Berliner Philharmoniker Recordings, publicada en Blu-ray Audio, Blu-ray Video, CD y descargas digitales de alta resolución, ofrece distintas posibilidades de acceso a estas interpretaciones. Es un proyecto discográfico de considerable ambición técnica, cuya presentación permite apreciar tanto la calidad sonora de la orquesta como, en su dimensión audiovisual, el trabajo de sus músicos.

Rattle dirige con una seriedad que merece respeto. Su Beethoven está cuidadosamente construido, los detalles aparecen expuestos con nitidez y la orquesta responde con una disciplina impecable. Pero esa precisión parece limitar ocasionalmente la espontaneidad. El equilibrio instrumental debilita algunos

contrastes y la música adquiere por momentos una corrección que reduce su fuerza expresiva. No es que falten ideas o que la ejecución resulte rutinaria; ocurre que los recursos disponibles parecen prometer una experiencia más intensa de la que finalmente se produce.

Las primeras seis sinfonías contienen momentos de belleza e inspiración, pero no siempre alcanzan la tensión dramática que sus medios instrumentales permitirían esperar. La Séptima constituye la gran excepción. Rattle abandona buena parte de sus reservas y entrega una interpretación de notable vitalidad. La Filarmónica de Berlín despliega una sonoridad poderosa, de una opulencia que recuerda por momentos a sus mejores años con Karajan, pero conserva una articulación incisiva y una nitidez que permite distinguir cada intervención. El movimiento final alcanza una exaltación casi apocalíptica. Siempre he valorado el Beethoven de Rattle por su seriedad. En la Séptima fue más allá y se despeinó la rizada cabellera.

La Octava, en cambio, resulta demasiado disciplinada, mientras la Novena ofrece un final magnífico que no consigue transformar completamente la impresión de sus primeros movimientos. La excelencia de la orquesta no basta, por sí sola, para dar vida a todas las páginas.

La variedad de formatos es una ventaja indiscutible, aunque no cambia el balance musical. La Séptima muestra lo que Rattle puede conseguir cuando se abandona a la música; el resto del ciclo no siempre está a esa altura.

Günter Wand: la grandeza del maestro de capilla

Orquesta Sinfónica de la Radio del Norte de Alemania — RCA, 1985–1988

Günter Wand pertenece a una tradición de directores para quienes la música constituye, ante todo, un ejercicio de responsabilidad. No parece interesado en sorprender mediante decisiones interpretativas originales ni en imponer una personalidad que termine por desplazar la escritura. Su autoridad surge de una comprensión profunda del discurso musical, de una atención constante a las relaciones entre las voces y de una capacidad poco común para convertir el rigor en expresión.

La Primera y la Segunda sorprenden por su urgencia, su vitalidad y una energía que recuerda por momentos a Toscanini o Szell. Hay en ellas una tensión juvenil que desmiente la imagen de un director venerable, dedicado a administrar con prudencia un repertorio que conoce desde hace décadas. La Cuarta constituye una de las grandes realizaciones del ciclo, con una belleza instrumental que no necesita subrayados y una naturalidad que permite apreciar la riqueza de la escritura. Wand sabe cantar con todas las voces. La Heroica y la Quinta poseen nobleza y coherencia, aunque desde una perspectiva menos dramática que la de otras grandes interpretaciones. La Pastoral conserva una belleza casi austera en sus primeros movimientos, hasta que la tormenta y el canto final introducen una intensidad expresiva que transforma la impresión del conjunto.

La Séptima constituye otro de los grandes logros del ciclo. Wand equilibra la energía rítmica, la elocuencia del fraseo y la belleza instrumental sin sacrificar la continuidad del discurso. Los metales poseen una fuerza crepitante, las cuerdas conservan una textura aterciopelada y los contrastes están construidos con una intención precisa. Su Séptima no es la más infartante, pero pocas alcanzan semejante equilibrio en su éxtasis clasicista. La Octava conserva esas virtudes, aunque desde una perspectiva menos desbordada. La Novena ofrece tres primeros movimientos espléndidos, mientras el final, magníficamente ejecutado, no alcanza toda la inspiración que la obra parece reclamar.

No hay interpretaciones débiles ni decisiones que parezcan ajenas al sentido de las partituras. Pero sería injusto confundir esa seguridad con neutralidad. Wand toma decisiones, arriesga en los tiempos, acentúa los contrarritmos y sabe construir tensiones de considerable violencia. Simplemente, nunca parece interesado en que el auditor admire sus procedimientos.

El veredicto: del quinto al primero

> *«Harnoncourt nos levanta del asiento; Barenboim nos hace volver a poner el disco».*

Corresponde establecer una jerarquía. No estoy clasificando a cinco directores según su importancia artística ni pretendo determinar quién comprende mejor a Beethoven en términos absolutos. Se trata de valorar cinco integrales concretas, con sus virtudes interpretativas, sus limitaciones y las características técnicas de sus respectivas ediciones. Todas contienen realizaciones de gran calidad y ninguna carece de motivos para ser escuchada.

Quinto lugar: Simon Rattle y la Orquesta Filarmónica de Berlín. Una integral de altísima categoría instrumental, publicada en una cuidada edición multiformato y con momentos de inspiración verdadera. Su Séptima constituye una de las grandes realizaciones de esta comparación. Sin embargo, la tendencia a privilegiar la precisión y el equilibrio limita ocasionalmente la fuerza dramática de las partituras. La calidad de la orquesta y la riqueza editorial hacen de este ciclo una adquisición atractiva, pero sus resultados musicales no siempre están a la altura de sus recursos.

Tercer lugar compartido: Günter Wand y Osmo Vänskä. Dos propuestas muy diferentes que terminan alcanzando una valoración equivalente. Wand ofrece una regularidad admirable, una nobleza musical poco común y una comprensión profunda de las relaciones instrumentales. Vänskä presenta mayores irregularidades, pero consigue realizaciones excepcionales en la Segunda, la Pastoral, la Octava y la Novena. La calidad de su edición en SACD contribuye a convertir esta integral en una propuesta discográfica de primer orden. Wand representa la excelencia sostenida; Vänskä, la capacidad de alcanzar momentos de inspiración inesperada desde una escritura instrumental expuesta con nitidez.

Segundo lugar: Nikolaus Harnoncourt y la Orquesta de Cámara de Europa. Una integral de personalidad inconfundible, que recupera la energía, el humor y el carácter revolucionario de Beethoven mediante una lectura de gran variedad instrumental. Sus mejores realizaciones conservan una fuerza que todavía hoy resulta sorprendente. Hay decisiones menos convincentes, especialmente en la Pastoral y la Séptima, pero el conjunto mantiene una vitalidad contagiosa y una comprensión profunda de las tensiones de la escritura. Harnoncourt pone en discusión nuestras certezas beethovenianas y le sale bien.

Primer lugar: Daniel Barenboim y la Orquesta Estatal de Berlín. Una integral de regularidad asombrosa, sostenida por una visión monumental que nunca sacrifica la transparencia instrumental ni la variedad expresiva. Barenboim combina la tradición sinfónica germánica con una frescura que impide cualquier sensación de rutina. Su Beethoven puede ser oscuro, furioso, humorístico, contemplativo y profundamente conmovedor. La calidad de la grabación de Teldec, particularmente apreciable en su edición en DVD-Audio, completa una propuesta que merece ocupar un lugar junto a las grandes referencias discográficas del pasado.

La distancia entre el primero y el segundo no se explica solamente por la cantidad de interpretaciones logradas. Harnoncourt ofrece una experiencia de descubrimiento permanente y consigue momentos de una intensidad casi física. Barenboim posee una cualidad menos inmediata, pero igualmente decisiva: sus interpretaciones parecen crecer con cada nueva audición. Harnoncourt nos levanta del asiento; Barenboim nos hace volver a poner el disco. Ambas cosas pueden definir una referencia.

En fin. Hay decenas de ciclos beethovenianos. Volveremos con los que valen la pena, quizá con una comparativa de integrales históricas.